el puerto de Columbán, los reinos de Camanor, de Cochín y de Colán, con sus fortalezas, y, excepto Calicut, toda la costa del Océano Indico, de Damán á Melipur.

Poseía en el mar, y en todos los mares, las tres islas Baleares, las doce islas Canarias, las Azores, Puerto Santo, Madera, las siete islas del Cabo Verde, San Tomás, la Isla de Dios, Mozambique, la grande isla de Baaren, la isla de Manar, la isla de Ceylán; cuarenta de las islas Filipinas, la principal de las cuales, Luzón, tiene una longitud de doscientas leguas; Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo, las cuatrocientas islas Lucayas y las islas del mar del Norte, cuyo número se ignoraba.

Esto era poseer todo el mar, casi toda la América, y en Africa y Asia poco más ó menos lo que el otro coloso no poseía.

En Europa, además de su vasta península, centro de su poderío y de esplendor, poseía Cerdeña y Sicilia, que son más bien reinos para ser consideradas nada más que como islas. Poseía Italia por sus dos extremos, por el reino de Nápoles y por el ducado de Milán, que eran suyos. En cuanto á Francia, la asía tal vez más estrechamente aún, y los tres estados que tenía en sus fronteras, trazando una especie de semicírculo. El Rosellón, el Franco Condado y Flandes, eran como un brazo pasado al rededor del cuello.

El primero de esos dos colosos, era la Turquía; el segundo, era España.

III

Esos dos imperios inspiraban á Europa profundo terror el uno, profunda desconfianza el otro.

Por Turquía, esparcíase en Europa el espíritu del Asia; por España, era el espíritu de Africa.

El islamismo, bajo Mahomet II, había pasado formidablemente el antiguo paso del Buey, Bos-Poros, y había plantado con insolencia su cola de caballo atada á una pica en la ciudad que tiene siete colinas como Roma, y que había tenido iglesias cuando Roma aun no tenía más que templos.

Desde aquel fatal año de 1453, la Turquía, como hemos dicho más arriba, había representado en Europa la barbarie. En efecto, todo lo que ella tocaba perdía en pocos años la forma de civilización. Con los turcos, y al mismo tiempo que ellos, el incendio inextinguible y la peste perpetua se habían instalado en Constantinopla. En aquella ciudad, que por tanto tiempo había dominado la luminosa cruz de Constantino, había entonces de continuo un torbellino de llamas ó una bandera negra.

Uno de esos misteriosos azares, en que el espíritu cree ver escritas de un modo legible las enseñanzas directas de la Providencia, había dado, como presa á aquel formidable pueblo, la propia metrópoli de la sociabilidad humana, la patria del pensamiento, la tierra de la poesía, de la filosofía y del arte, la Grecia. En el mismo instante, al solo contacto con los turcos, la Grecia, hija de Egipto y madre de Italia, la Grecia

se convirtió en bárbara. Yo no sé qué lepra había desfigurado su pueblo, su suelo, sus monumentos, hasta su admirable idioma. Una multitud de hurañas consonantes y de erizadas sílabas creció, como la vegetación de espinos y malezas que obstruye las ruinas, sobre sus palabras más dulces, más sonoras, más armoniosas y mejor pronunciadas por los poetas. El griego, al pasar por la boca de los turcos, se volvió una jerga. Los vocablos turcos, turba de todos los idiomas de Asia, habían perturbado para siempre, precipitándose en ella en confusión, aquella lengua tan transparente, tan pura y tan espléndida, lengua de cristal de la que había salido una poesía de diamante. Los nombres de las ciudades griegas se habían transformado y se habían vuelto antipáticos. Las regiones vecinas, sobre las que resplandecía antes la Hélada, habían sufrido la misma mancha; Argos se había trocado en Filoquia; Delos en Dili, Didymo-Tychos en Dimotuc, Tzorolus en Tchurli, Zephirium en Zafra, Sagalesos en Ladjaklu, Nyssa en Nus-Shehr, Moryssus en Mucius, Cybistra en Busterh, el río Aquelous en Aspro-Potamos, y el río Poretus en Pruth. No sin el sentimiento doloroso que inspiran la degradación y la parodia se reconocen en Stan-Ko, Cos, patria de Apeles y de Hipócrates; en Fionda, Phaselis, en donde Alejandro se vió obligado á poner un pie en el mar, tan estrecho era el paso Climax; en Hesen-now, Novus, donde estaba el tesoro de Mitrídates; en Skipsilar, Scapta-Hyla, donde Tucídides poseía minas de oro y escribía su historia; en Temeswar, Tomi, donde fué desterrado Ovidio; en Kokso, Cutusos, donde fué desterrado san Juan Crisóstomo; en Giustendil, Justiniana, cuna de Justiniano; en Salenti, Trajanópolis, ¡tumba de Trajano! El Olimpo, el Ossa, el Pelión y el Pindo se denominaban el beylick de Janina; un bajá acurrucado en una piel de tigre

fruncía las cejas en la misma montaña de Júpiter. La amarga irrisión que parecía brotar de las palabras brotaba también de las cosas: la Etolia, esa antigua república tan poderosa y tan altiva, formaba el Despotado. En cuanto al valle de Tempe, *frigida Tempe*, vuéltose salvaje é inaccesible bajo el nombre de Lycostomo, llena ya de odio, de zarzas y de obscuridad, se había metamorfoseado en valle de los Lobos.

La idea terrible que despierta la barbarie hecha nación, poseyendo flotas y ejércitos, se encarnaba viviente y completa en el sultán de los turcos. Apenas si Europa se atrevía á mirar de lejos á ese tremebundo príncipe. Las riquezas del sultán, del Turco, como se le denominaba, eran fabulosas; su renta excedía de quince millones en oro. La sultana, hermana de Selim, tenía dos mil quinientos cequíes de oro de renta diaria. El turco era el príncipe más grande en caballería. Sin contar su guardia inmediata, los catorce mil jenízaros, que eran una infantería, mantenía constantemente á su alrededor, en pie de guerra, cincuenta mil spahis y ciento cincuenta mil timariotas, lo que sumaba doscientos mil caballos. Sus galeras eran innumerables. El año siguiente á Lepanto, la flota otomana aún hacía frente á todas las marinas reunidas de la cristiandad. Poseía tanta gruesa artillería, que, si se diese crédito al rumor popular, el viento de sus cañones conmovía las murallas. Recordábase con espanto que en el sitio de Constantinopla, Mahomet II hizo construir, de albañilería trabada con aros de hierro, un monstruoso mortero que maniobraba sobre rodillos, el cual dos mil yuntas de bueyes podían arrastrar apenas, y que, inclinando la boca sobre la ciudad, vomitaba noche y día torrentes de betún y enormes pedruscos. Los otros príncipes, con sus máquinas de guerra y sus bombardas, parecían poca cosa al lado de aquellos salvajes sultanes que

arrojaban verdaderos volcanes sobre las ciudades. El poderío del Turco era tan desmedido, y sabía dar cara con tanta eficacia á todas partes, que, en tanto guerreaba contra la Europa, Solimán había tomado á la Persia el Diarbekir, y Amurates la Media; Selim había conquistado á los mamelucos el Egipto y la Siria, y Amurates III había exterminado á los georgianos ligados con el sofí. El sultán sólo ponía en comunicación con los reyes de la cristiandad la puerta de su palacio. Fechaba desde su estribo imperial las cartas que les escribía, ó más bien las órdenes que les daba. Cuando le asaltaba un acceso de cólera, hacía romper á puñadas por el verdugo los dientes á sus embajadores. Para los mismos turcos, la aparición del sultán era el espanto. Los nombres que le daban expresaban sobre todo el terror; le llamaban el *hijo del esclavo,* y denominaban su palacio veraniego la *casa del asesino.* Y le anunciaban á las otras naciones con glorificaciones siniestras. *Por donde pasa su caballo,* decían, *no vuelve á crecer la hierba.*

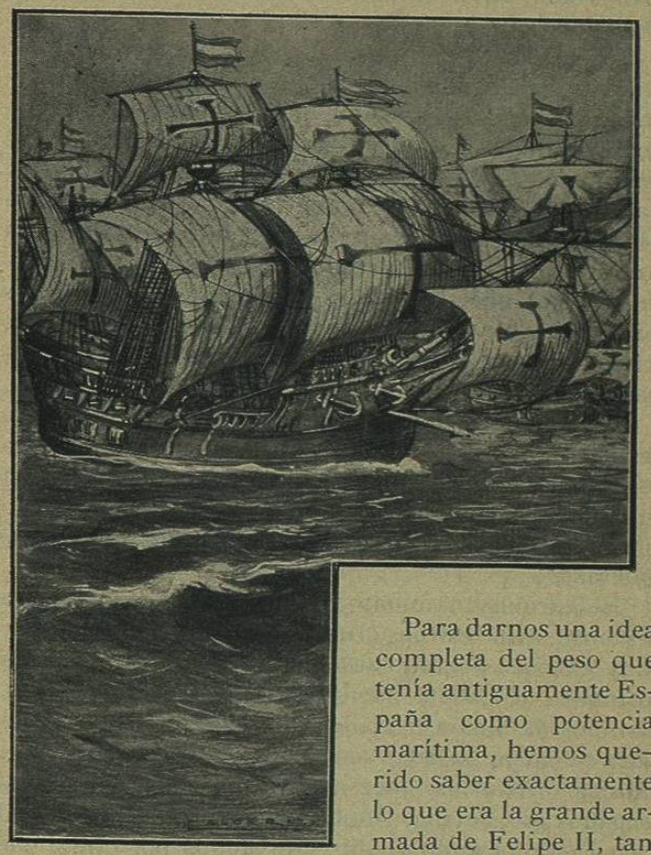
El rey de las Españas y de las Indias, especie de sultán católico, era más rico por sí solo que todos los príncipes de la cristiandad reunidos. No contando más que su renta ordinaria, sacaba cada año de Italia y de Sicilia cuatro millones de oro, dos millones de oro de Portugal, catorce millones de oro de España y treinta millones de oro de América. Las diez y siete provincias del Estado de los Países Bajos, que comprendía entonces el Artois, el Cambresis y los Ardennes, pagaban anualmente al rey católico un ordinario de tres millones de oro. Milán era una rica presa, codiciada de todas partes, y, por lo tanto, difícil de guardar. Era preciso vigilar á Venecia, vecina envidiosa; cubrir de tropas la frontera de Saboya para detener al duque, *que se lanzaba de improviso,* como decía Sully; tener bien armado el fuerte de Fuentes,

para mantener en respeto á suizos y grisones; conservar y reparar las buenas ciudadelas del país, sobre todo Novara, Pavía, Cremona, *que posee,* como escribía Montluc, *una torre fuerte cuanto es posible, que se coloca entre las maravillas de Europa.* Como la ciudad era revoltosa, era necesario sostener en ella una guarnición española de seiscientos hombres de armas, de mil caballos ligeros y de tres mil peones, y tener en buen estado el castillo de Milán, en el que se trabajaba sin descanso. Milán, según se ve, costaba muy caro; no obstante, pagado todo, el Milanesado aun reportaba á España anualmente ochocientos mil ducados. Las más pequeñas fracciones de aquella enorme monarquía daban su dinero; las islas Baleares pagaban cada año cincuenta mil escudos. Todo esto, lo repetimos, no era más que la renta ordinaria. La extraordinaria era incalculable. El solo producto de la Cruzada valía la renta de un reino; nada más que con los subsidios de la iglesia, el rey mantenía continuamente cien buenas galeras. Añadid á eso la venta de las comendas, las caducidades de los Estados y de los bienes, las alcabalas, los tercios, las confiscaciones y los dones gratuítos de los pueblos y de los feudatarios. Cada tres años el reino de Nápoles un millón doscientos mil escudos de oro, y, en 1615, Castilla ofrecía al rey, que se dignaba aceptarlos, cuatro millones de oro, pagables en cuatro años.

Aquella riqueza se resolvía en poderío. Lo que el sultán era para la caballería, el rey de España lo era para la infantería. Decíase en Europa: *caballería turca, infantería española.* Ser grave como un gentilhombre, diligente como un miguelete, sólido en los choques de escuadrones, imperturbable ante la mosquetería, conocer su ventaja y su desventaja en la guerra, conducir calladamente su furia, seguir al capitán, permanecer en la fila, no extraviarse, no olvi-

dar nada, no disputar, servirse de todo, resistir el frío, el calor, el hambre, la sed, el malestar, la pena y la fatiga, andar cuando los otros pelean, pelear cuando los otros andan, hacer de la paciencia el fondo de todo y del valor el relieve de la paciencia; tales eran las cualidades del infante español. Era el infante castellano que había arrojado á los moros, abordado el Africa, domado la costa, sometido la Etiopía y la Cafrería, tomado Malaca y las islas Molucas, conquistado las antiguas Indias y el Nuevo Mundo. ¡Admirable infantería que no se deshizo hasta el día que chocó con el gran Condé! Después de la infantería española venía, por orden de excelencia, la infantería walona, y la infantería walona era también del rey de España. Su caballería, que no cedía en nada á la turca, era la mejor montada existente en Europa; poseía los caballos de España, los corceles del Reino, y los caballos de Borgoña y de Flandes. Los arsenales del rey católico rebosaban de municiones de guerra. Nada más que en las tres salas de armas de Lisboa, había coseletes para quince mil hombres de infantería y corazas para diez mil jinetes. Sus fortalezas eran innumerables y las había en todas partes, y diez de ellas, Colliure, Perpiñán y Salses á Mediodía, al Norte Gravelinas, Dunkerque, Hesdin, Arrás, Valenciennes, Philippeville y Marienburg, abrían brecha á la Francia actual.

El poderío mayor de España, tan poderosa por sus fortalezas, su caballería y su infantería, no estribaba en su infantería, ni en su caballería, ni en sus fortalezas, sino en su flota. El rey católico, que tenía los mejores hombres de guerra de Europa, tenía también los mejores hombres de mar. Ningún pueblo navegante igualaba en aquella época á los catalanes, vizcaínos, portugueses y genoveses. Sevilla, que figuraba entonces entre las principales ciudades marítimas de Europa, aun cuando situada bastante tierra adentro, y donde abordaban todas las flotas del Méjico y del Perú, era un criadero de marineros.



Para darnos una idea completa del peso que tenía antiguamente España como potencia marítima, hemos querido saber exactamente lo que era la grande armada de Felipe II, tan famosa y tan poco conocida, como tantas cosas famosas. La historia habla de ella y se extasía; pero la historia, que odia el detalle, y que, según nosotros, hace mal en odiarlo, no